**Concepción y nacimiento de Jesús según Mateo** (Continuación) ****

Jesús mismo ha suscitado drásticamente la cuestión sobre la prioridad de la necesidad humana de redención en aquella ocasión en que cuatro hombres, a causa del gentío, no podían introducir al paralítico por la puerta y lo descolgaron por el techo, poniéndolo a sus pies. La propia existencia del enfermo era una oración, un grito que clamaba salvación, un grito al que Jesús, en pleno contraste con las expectativas del enfermo mismo y de quienes lo llevaban, respondió con estas palabras: «*Hijo, tus pecados quedan perdonados*» (*Mc* 2,5). La gente no se esperaba precisamente esto. No encajaba con sus intereses. El paralítico debía poder andar, no ser liberado de los pecados. Los escribas criticaban la pretensión teológica de las palabras de Jesús; el enfermo y los hombres a su alrededor estaban decepcionados, porque Jesús parecía hacer caso omiso de la verdadera necesidad de este hombre.

La escena es absolutamente significativa para la cuestión de la misión de Jesús, tal como se describe por primera vez en la palabra del ángel a José. Aquí se tiene en cuenta tanto la crítica de los escribas como la expectativa silenciosa de los hombres. Que Jesús es capaz de perdonar los pecados lo muestra ahora mandando al enfermo, ya curado, que tome su camilla y eche a andar. No obstante, de esta manera queda a salvo la prioridad del perdón de los pecados como fundamento de toda verdadera curación del hombre.

El hombre es un ser relacional. Si se perturba la primera y fundamental relación del hombre —la relación con Dios— entonces ya no queda nada más que pueda estar verdaderamente en orden. De esta prioridad se trata en el mensaje y el actuar de Jesús. Él quiere en primer lugar llamar la atención del hombre sobre el núcleo de su mal y hacerle comprender: Si no eres curado en *esto*, a pesar de todas las cosas buenas que puedas encontrar, no estarás verdaderamente curado.

En este sentido, la explicación del nombre de Jesús que se indicó a José en sueños es ya una aclaración fundamental de cómo se ha de concebir la salvación del hombre, y en qué consiste por tanto la tarea esencial del portador de la salvación.

En Mateo, al anuncio del ángel a José sobre la concepción y nacimiento virginal de Jesús, siguen dos afirmaciones complementarias.

El evangelista muestra en primer lugar que con ello se cumple todo lo que había anunciado la Escritura. Esto forma parte de la estructura fundamental de su Evangelio: proporcionar a todos los acontecimientos esenciales una «prueba escriturística»; dejar claro que las palabras de la Escritura aguardaban dichos acontecimientos, los han preparado desde dentro. Así, Mateo enseña cómo las antiguas palabras se hacen realidad en la historia de Jesús. Pero muestra, al mismo tiempo, que la historia de Jesús es verdadera, es decir, proviene de la Palabra de Dios, y está sostenida y entretejida por ella.

Después de la cita bíblica, Mateo lleva el relato a su fin. Refiere que José se despertó y procedió como le había mandado el ángel del Señor. Llevó consigo a María, su esposa, pero, «*sin haberla conocido*», ella dio a luz al hijo. Así se subraya una vez más que el hijo no fue engendrado por él, sino por el Espíritu Santo. Por último, el evangelista añade: «*Él le puso por nombre Jesús*» (*Mt* 1,25).

Se nos presenta de nuevo a José como «*hombre justo*»: su estar interiormente atento a Dios —una actitud gracias a la cual puede acoger y comprender el mensaje— se convierte espontáneamente en obediencia. Si antes se había puesto a cavilar con su propio talento, ahora sabe lo que es justo y lo que debe hacer. **Como hombre justo, sigue los mandatos de Dios**, como dice el *Salmo* 1.

La prueba escriturística que presenta Mateo dice: «*Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta: “Mirad: la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel”, que significa “Dios con nosotros”*» (*Mt* 1,22s; *Is* 7,14). Esta frase del profeta, fue convertida a través de Mateo en un grande y fundamental texto cristológico, en el que se refleja el misterio de Jesucristo.

En el año 733 a.C. surge un incipiente movimiento revolucionario de los Estados sirio-palestinos. Ajaz de Judá no se alía con ellos llenándose de miedo frente a la alianza enemiga; sin embargo, permanece en su anterior línea de actuación: no entrar en una coalición antiasiria, firmando un pacto de protección con Asiria el cual le exigió la adoración de las divinidades estatales de la potencia protectora. Ajaz confiaba más en el poder del rey que en el poder de Dios.

Isaías dijo al rey que debía apoyarse en la fe, no en el cálculo político. Invita a Ajaz a pedir a Dios un signo, sea en el abismo o en el cielo. La respuesta del rey judío parece piadosa: no quiere tentar a Dios ni pedir signo alguno (*Is* 7, 10-12). El profeta, que habla en nombre de Dios, no se deja confundir, sabe que la renuncia del rey a un signo es porque no quiere ser molestado en su *≪realpolitik≫*.

El profeta anuncia que ahora el Señor mismo dará un signo por su cuenta: «Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa: “Dios-con-nosotros”» (*Is* 7,14).

Mateo, y con él toda la tradición cristiana, ve aquí un preanuncio del nacimiento de Jesús de la Virgen María: Jesús, que en realidad no lleva el nombre de Emmanuel, sino que *es* el Emmanuel. Este hombre —nos explican— es él mismo la permanencia de Dios con los hombres. Es el verdadero hombre y, a la vez, el verdadero Hijo de Dios.

El signo debería buscarse y reconocerse en el contexto histórico de la época en el que fue anunciado por el profeta. Con el término «Emmanuel» nos referimos al Mesías, que alcanzó su pleno desarrollo en el tiempo del exilio y a partir de él. «En torno a la madre y el niño sigue reinando el misterio, al menos para el lector de hoy, pero presumiblemente también para el oyente de entonces, y tal vez incluso para el profeta mismo».

La afirmación sobre la virgen que da a luz al Emmanuel, de manera análoga al gran canto del Siervo del Señor en *Isaías* 53, es una palabra en espera. En su contexto histórico no se encuentra correspondencia alguna. Esto deja abierta la cuestión: no es una palabra dirigida solamente a Ajaz, tampoco se trata sólo de Israel, se dirige a la humanidad. El signo que Dios mismo anuncia no se ofrece para una situación política determinada, sino que concierne al hombre y la historia en su conjunto.

Y los cristianos ¿no debían quizá oír esta palabra como una palabra para ellos? Interpelados por la palabra, ¿no debían llegar a la certeza de que la palabra, que siempre estaba allí de modo tan extraño, y esperando a ser descifrada, se ha hecho ahora realidad? ¿No debían estar convencidos de que, en el nacimiento de Jesús de la Virgen María, Dios nos ha dado ahora este signo? El Emmanuel ha llegado.

Hoy, después de toda la afanosa investigación de la exegesis crítica, podemos compartir de una forma completamente nueva el asombro de que una palabra del año 733 a.C., que había quedado incomprensible, se haya hecho realidad en el momento de la concepción de Jesucristo, que Dios nos haya dado efectivamente un gran signo que se refiere al mundo entero.

**Práctica semanal:** En el diario vivir valorar si mi relación con Dios es prioritaria. ¿Permito que Jesús sane mi interior? ¿Pongo realmente mi confianza en Él?